

CERÁMICAS DE ÉPOCA CELTIBÉRICA EN LA EDAD DEL HIERRO ASTURIANA

JOSÉ LUIS MAYA.

SERP. Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia.
Universitat de Barcelona*

Este artículo pretende simplemente reinterpretar ciertas cerámicas procedentes de yacimientos asturianos, las cuales han sido publicadas previamente y cuya orientación cronológica o cultural, según los casos, permite ofrecer en el momento actual nuevas precisiones o interpretaciones.

1. LA CUEVA DE LA ZURRA (LLANES, ASTURIAS)

La Zurra es una cavidad cercana al pueblo de Purón, en el concejo de Llanes, zona oriental de Asturias. La cueva, a unos 500 m. sobre el nivel del mar y en la ladera septentrional de la Sierra de Cuera, tiene amplio control visual sobre la costa y notables posibilidades ganaderas en su entorno próximo, aunque su acceso sea estrecho y en rampa, por lo que no parece muy adecuada para su habitabilidad. (Arias *et alii* 1986: 235-241).

Al parecer y siempre resumiendo los datos de la publicación, la última zona iluminada es una pequeña sala que precede a una sima y donde se encontraron tres recipientes completos, como si hubiesen sido colocados de manera intencionada allí, en una oscuridad.

Las piezas constituyen un hallazgo excepcional en el ámbito de los materiales postpaleolíticos de las cavidades asturianas, no sólo por su magnífico estado de conservación, sino también por su originalidad sin paralelos hasta la fecha en la región. Es

* maya@trivium.gh.ub.es

precisamente este último factor el que nos ha incitado a incidir sobre ellas, al ser el causante de una amplia indeterminación cronológica que ahora pretendemos delimitar¹.

Gracias a la meticulosidad de las descripciones y del material gráfico, variado y de calidad², resulta fácil la realización de un análisis tipológico que, en nuestra opinión, permite una clasificación a la luz de publicaciones inexistentes en el momento en que se dieron a conocer estas cerámicas.

La pieza nº1 se considera un jarro o taza, ancho, panzudo y proporcionalmente no muy alto, que ha sido realizado a mano. La base es plana y algo ensanchada en galleta; el cuerpo es panzudo y provisto de un asa vertical de sección circular, que remata en el hombro y por último, el cuello es cóncavo y termina en un borde saliente.

La decoración es igualmente original, cubriendo aproximadamente la franja del asa, aunque la desborde ligeramente. Consiste en una banda horizontal de pezones alineada con el arranque del asa, de la que parten líneas verticales de pezones y de cordoncillos lisos, de sección triangular y obtenidos pellizcando la pasta blanda, no por superposición.

¹ Los autores afrontan el difícil problema de la filiación de las cerámicas en los siguientes términos: «*Tanto las formas como las decoraciones nos hacen rechazar una cronología muy antigua (Eneolítico o Edad del Bronce). No se puede descartar, en cambio, que puedan corresponder a la Edad del Hierro, especialmente a la primera Edad del Hierro, e incluso al Bronce Final, ya que existen ligeros parecidos con formas de esos momentos en otras zonas peninsulares. Tampoco se puede descartar una atribución a época romana o medieval, o incluso a momentos más tardíos, en los que se siguieron empleando técnicas más tardías.*» (Arias *et alii* 1986: 241).

² Los dibujos de la Cueva de la Zurra son obra de A. Diego Llaca.

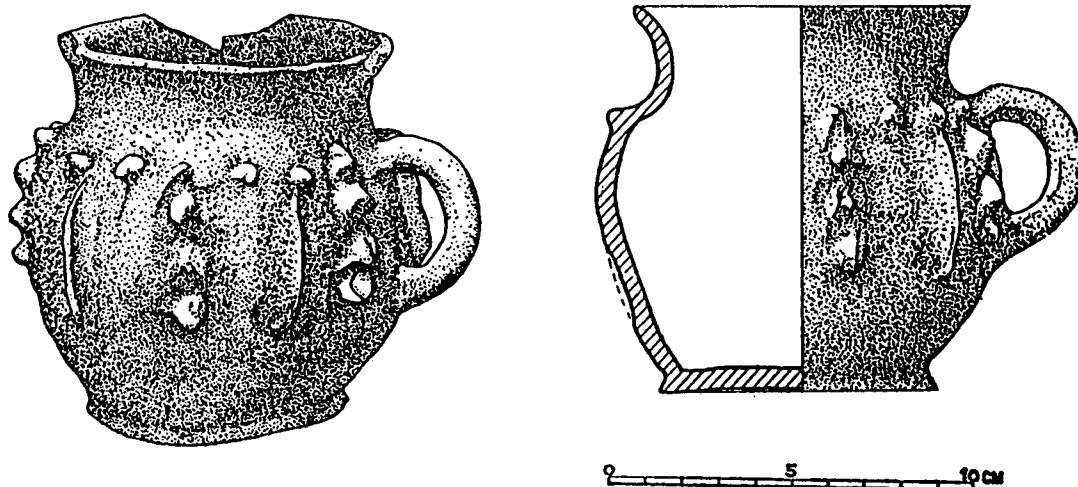


FIGURA 1.

ción. Pudo haber llevado un engobe blanquecino sobre la pasta roja y negra. (fig. 1).

La forma, en general, tiene buenos paralelos en cerámicas de la Edad del Hierro, como las aparecidas en la necrópolis del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz), aunque siempre existan diferencias respecto a ellas como la posesión de base plana o pie anular y la generalizada carencia de asa. En cualquier caso las semejanzas con las formas IV y V de dicho yacimiento son evidentes y su cronología se situaría en una franja inconcreta entre los siglos IV-I a.C., mientras que en el Castrejón de Capote se fechan entre avanzado el IV y el 150 a.C. aproximadamente (Berrocal 1989: 252), rarificándose después.

Con todo, parece claro, que el mejor paralelo formal se encuentra en el yacimiento vacceo de Tardumeros, en Melgar de Abajo (Valladolid), donde un vasito de perfil similar, aunque con pie anular, cuenta incluso con un asa semejante en forma y disposición (Cuadrado y San Miguel 1993: fig. 11, N°5). La decoración es la que guarda también mayores similitudes formales, por consistir en cordoncillos verticales, aplicados e incisos, formando metopas.

La segunda pieza³ es nuevamente un jarro de aspecto formal parecido al primero, aunque con el cuello algo menos incurvado, borde menos saliente

³ Respetamos la numeración del artículo de Arias *et alii*, coincidente con la atribución de las fotografías, ya que se observa un error en la numeración de los dibujos, pues el dibujo de la «PIEZA N.º2» corresponde en realidad a la N.º 3 y a la inversa.

al exterior, al igual que la base, labio más apuntado y asa también circular, por lo que en conjunto resulta un perfil en S suavizada (fig.2).

La decoración, en cambio, es muy distinta⁴, con una franja de ángulos o tema en espigado realizados mediante puntos, que tiene paralelos en La Muela de los Castros de Lara, en la provincia de Burgos (Monteverde 1958: 195).

La forma suavizada es frecuente en los contextos extremeños antes citados (forma V de Rodríguez y Berrocal), como el Cantamento de la Pepina, necrópolis en la que los temas en espiga son los más habituales en técnica inciso-impresa (Rodríguez y Berrocal 1988: 217; Berrocal 1988: 313). Tiene un buen paralelo nuevamente en otro vaso a mano de Tardumeros en el que también se aprecia una franja «de incisiones punzantes incli-

⁴ «La decoración es una especie de motivo en espiga formado por puntos incisos sobre la zona de los hombros. Es bastante irregular. La forman un friso de 55 líneas de entre 4 y 6 puntos que bajan de izquierda a derecha -los números 7-14 empezando por el asa hacia la derecha son incisiones continuas lineales-. Además, a ambos lados de la unión superior del asa y el cuerpo, hay dos líneas de puntos oblicuas. La de la izquierda, en dirección opuesta a la habitual, para adaptarse al abombamiento que produce dicha unión.

Bajo las líneas anteriores hay otras líneas de puntos, más horizontales, que se combinan con ellas, según dos esquemas; parecen estar hechas más tarde. En el primer esquema la línea de abajo parte de cerca del límite inferior de una de las de arriba, toca el siguiente y se une a una tercera hacia el cuarto punto empezando por arriba. En el segundo, tan sólo unen la parte inferior de las de arriba. Este es menos frecuente. De todas formas los esquemas no son totalmente rígidos.» (Arias *et alii* 1986: 238).

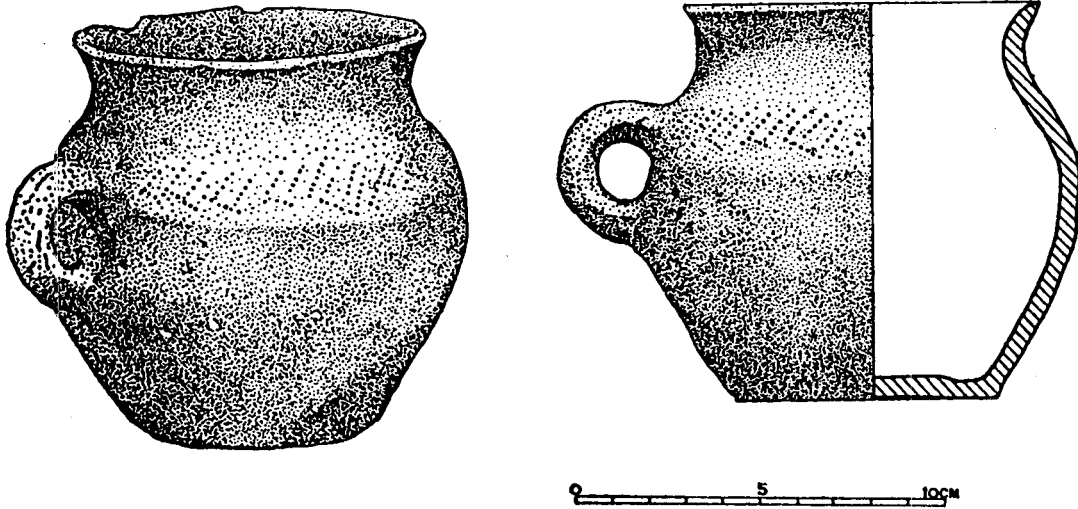


FIGURA 2

nadas y alargadas, que forman un diseño en espiga bajo el que se localiza un surco horizontal levemente marcado» (Cuadrado y San Miguel 1993: fig. 11, N°4)

La tercera vasija es formalmente semejante a la primera, de base plana y cuerpo panzudo, aunque con la base de tendencia cilíndrica y asa rota, que remataba en el labio y no en el hombro, como la precedente (Fig. 3).

La decoración de temas incisos recuerda los tipos en hoja de acacia, que van desde simples espigados hasta temas algo más complejos, como en el caso anterior y que se asemejan a modelos frecuentes en el área extremeña (Berrocal 1989: fig.15, N° 2

y 4) y portuguesa, pero que se encuentra igualmente en una pieza similar de Numancia (Wattenberg 1963: Tabla IV, N°116), yacimiento en el que tal decoración aparece en otras formas, generalmente hechas a mano (Wattenberg 1963: Tabla I, N°17; foto IV,1, N°222, foto V, 2 izq.) y donde son consideradas como cerámicas arévacas, de tipo post-hallstático y fechadas entre el 330-133 a.C.

Un dato a tener en cuenta es que las tres vasijas tienen indicios de haber sido recubiertas por una capa blanquecina, un factor que desconocemos en los paralelos aducidos, pero no hay que olvidar que el engobe blanco está presente en algunas cerámicas celtibéricas (Taracena 1963: 288) y se conserva excepcionalmente en una pieza con borde

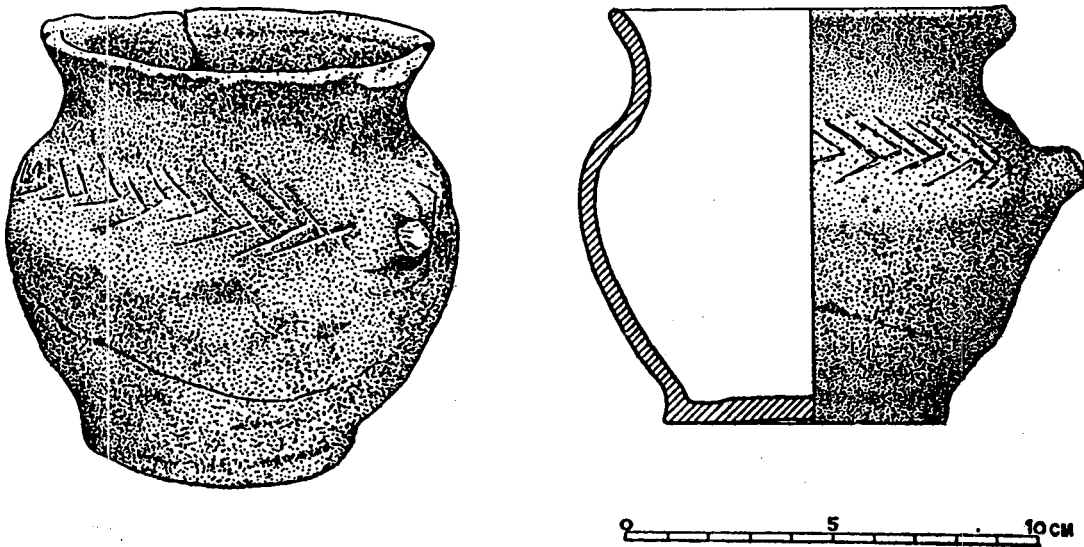


FIGURA 3

impreso, en el nivel del siglo I a. C. en la Campa Torres, lo que probaría la existencia de esa técnica ornamental en momentos inmediatamente prerromanos de Asturias. (Maya y Cuesta, inédito).

En líneas generales, puede resultar sorprendente que buena parte de las comparaciones tipológicas, formales y decorativas, se establezcan con un área relativamente alejada, como es el caso del Sudoeste peninsular. Sin embargo ello no resulta chocante, si se tiene en cuenta que en esta zona, en la que los escritores clásicos como Plinio sitúan a grupos célticos, los investigadores conectan tales conjuntos cerámicos con la Meseta Norte, de modo que el denominado *Ferro II Continental* en Portugal, resultaría en paralelo con la fase Cogotas II (Rodríguez y Berrocal 1988: 232; Berrocal 1988: 311 y 314), Mello *et alii* 1985: 132).

Tras esta explicación, se entenderá mejor que hayamos destacado dichos paralelos meridionales propios de una zona en la que se han publicado numerosos materiales en los últimos años. Sin embargo, parece evidente que las comparaciones más apuradas nos llevan a la propia Meseta. Hace ya unos años indicamos las conexiones entre estas piezas y las ollas del castro leonés de La Corona de Corporales (Maya 1989: 82), así como el paralelo entre los cordoncillos de la urna N°1 y las decoraciones de cordoncillos resaltados y no aplicados o de baquetones, realizados a partir del realzado de la propia pasta de la vasija (Sánchez Palencia, F.J. y Fernández-Posse, M.D. 1985: fig. 43, 104). Ahora el hallazgo de Tardumeros, situado por sus excavadores en torno a la segunda mitad del I a.C. (Cuadrado y San Miguel 1993: 329) es aún más preciso y nos vuelve a orientar respecto a las relaciones entre el oriente de Asturias y La Meseta.

Cronológicamente creemos haber resuelto, en líneas generales, el problema planteado, reduciendo el amplio período entre el Bronce Final y fechas incluso posteriores a la Edad Media, al equivalente a la IIª Edad del Hierro mesetense, que en Asturias tiene connotaciones muy distintas a las de las tierras al sur de la Cordillera Cantábrica, inmersas por entonces en plena celtiberización. La fecha *lato sensu* puede situarse entre los siglos IV-I a.C., aunque tanto la Corona de Corporales, como el yacimiento de Melgar de Abajo o la cerámica pintada en blanco de la Campa Torres nos inciten a precisar en torno al siglo I a.C. La descontextualización de las cerámicas impide que nos decanemos con seguridad absoluta en favor de esta muy probable fecha.

Desde el punto de vista funcional resulta problemática la aparición de estos recipientes, prácti-

camente enteros, en un área geográfica donde los castros son prácticamente desconocidos y donde hay que suponer un hábitat al aire libre, que con frecuencia se vincula a pueblos ganaderos y transhumantes como los vadinienses.

La cueva de La Zurra no parece reunir las condiciones de un lugar adecuado para su habitación y además parece poco probable que las cavidades tuviesen un papel digno de reseñarse con ese destino durante la Edad del Hierro. Por otra parte, desconocemos enterramientos de esta época y sólo muy hipotéticamente podríamos teorizar sobre un destino funerario de alguna cavidad como la Cueva de Pueblo Bajo de Lledías, también en Llanes (Escortell 1973).

Cabe una tercera posibilidad, que hiciese de este lugar situado en una zona de paso ganadero y con pastos en la zona inmediata, un recinto de uso cultural esporádico⁵, en el que quizás no hubo utilización habitual, ya que no se han apreciado otros restos arqueológicos. Sólo una excavación podría resolver este extremo, pero no deja de ser curiosa la frecuente conexión de estos vasos a mano con contextos culturales de la IIª Edad del Hierro, como ocurre con sus abundantes hallazgos en torno al santuario A del Castrejón de Capote, en el que se observa incluso una mesa de altar (Berrocal 1989: 253), con contextos funerarios como el Cantamento de la Pepina (Berrocal 1988: 313) o en el impresionante depósito votivo de Garvão con ofrendas, exvotos y un cráneo humano depositados a fines del III a.C. (Mello *et alii* 1985).

2. EL PICO CASTIELLO (MORIYON-MIRAVALLS)

Este yacimiento era conocido de antiguo, a juzgar por las noticias que de él publicaba C. Cabal en 1953, recogiendo referencias anteriores que provenían entre otros de un manuscrito de Caveda (Cabal 1953: 187), así como de las citas de F. Canella, quien también alude a este poblado en su obra de finales del siglo pasado. (Canella 1897: 126). Posteriormente fue catalogado por J.M. González como Pico Castiello de La Miyar

⁵ La localización, según descripción de los descubridores, se hizo en una pequeña sala, en el punto más interior iluminado con la luz del sol, en una oquedad limitada en parte por una columna estalagmítica y que «daba la impresión de que se encontraban colocadas allí intencionadamente. A partir de este punto una húmeda galería, estrecha y descendente, permite llegar a la mencionada sima» (Arias *et alii* 1986: 236).

(González: 1976: 119) y excavado por Camino a partir de 1987, fecha que marca diversas campañas arqueológicas hasta la actualidad (Camino 1992: 137-144).

Se le ha publicado con diferentes nombres y localizaciones, dada su situación en las proximidades de varios pueblos. Así, Cabal alude al **Monte Castiello de Moriyón**, situado entre los lugares de Cueli, Mesas, Miyar y Moriyón, mientras que J.M. González le denomina **Pico Castiello** y le sitúa en la parroquia de **Miravalles**, denominación que seguimos en nuestras publicaciones (Maya 1987/1988: 61). J. Camino diferencia entre dos yacimientos: El Pico el Castro y el **Pico Castiello en Moriyón-Miravalles**, que es el que ha proporcionado materiales arqueológicos, entre ellos la pieza que vamos a analizar aquí. (Camino 1992: 137-144). En sus últimas publicaciones se decanta por el término asturiano **Picu Castiello** al que sitúa en **Moriyón**. (Camino 1995A: 246-248).

Las excavaciones han proporcionado un castro de perímetro circular, con un istmo o zona de enlace con el resto del sistema montañoso al que pertenece. En su interior se conoce la existencia de una muralla de módulos de unos 4 m. de anchura y restos de viviendas con alzado en materia perecedera.

Cronológicamente lo habíamos situado hace años entre los siglos III-I a.C. (Maya 1987/1988: 61), marco cronológico que se confirma en líneas generales para el asentamiento castreño, aunque parecen existir niveles aún más antiguos.

Recientemente y con motivo de la exposición «Astures» ha sido dada a conocer una pieza cerámica de características muy peculiares que la hacen, a nuestro entender, merecedora de una nueva publicación específica⁶ (fig. 4).

Como punto de partida utilizaremos la descripción de J. Camino: «*Peculiar recipiente de pequeñas dimensiones con forma de olla. Diseña un perfil de boca ligeramente exvasada con labio redondeado, cuello corto cóncavo, panza globular y base plana. Fue cocida en un ambiente oxidante y parcialmente reductor, predominando en ella la pasta amarillada con desgrasantes menudos. Las paredes, muy alteradas por los efectos de la*

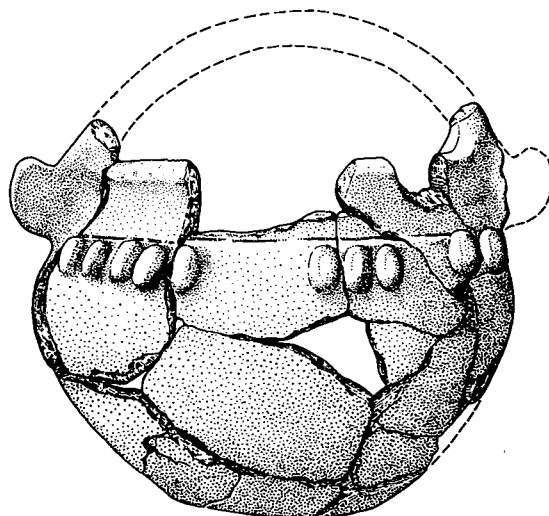


FIGURA 4

humedad y por su sometimiento, en casi la mitad, a un foco de fuego que, además, la ahumó, tendrían un tono rojizo y una superficie alisada. En el exterior del borde presenta dos pezones sencillos y aplastados, enfrentados entre sí, a fin de facilitar su aprehensión. No obstante, junto a ellos y desde el interior, arrancan dos salientes cilíndricos que sugieren un asa sobrevolada a lo largo de la boca. Finalmente, en el arranque del hombro dispone de un friso de mamelones secuenciados en grupos de dos y tres. La vasija combina una morfología autóctona con una decoración propia de la cultura de Miraveche-Monte Bernorio que se extiende por el norte de las provincias de Burgos y Palencia. Marca la singularidad de la pieza, por una parte, su probable finalidad ritual -se localizó al lado de un gran canto de superficie pulida- y, por otra, su casi completa reconstrucción pese a la extraordinaria fragmentación que afecta a la generalidad de los materiales cerámicos de este yacimiento. (Camino 1995A: 248). Se data entre los siglos II-I a.C.

Como complemento a esta ficha, se concluye una interpretación cultural, sobre la que quisieramos centrar la atención. Nos referimos concretamente al párrafo en el que se afirma que «...La vasija combina una morfología autóctona con una decoración propia de la cultura de Miraveche - Monte Bernorio» (Camino 1995A: 248).

Respecto a la tipología de la vasija, sorprende el supuesto carácter autóctono de la forma, dado en primer lugar que, según el autor, no se conservan en éste ni en los otros yacimientos próximos,

⁶ El dibujo de esta pieza ha sido realizado por Ramón Álvarez Arza a partir de una fotografía editada por el diario El Comercio.

perfiles que permitan comparación⁷. Al no existir formas completas en esta zona que se le equiparen, sería necesario recurrir a las procedentes de otros castros asturianos, en concreto, los occidentales, ya que en la Campa Torres, asentamiento más cercano que aquellos y con un buen repertorio cerámico, no existe nada similar. Sin embargo, entre las cerámicas publicadas de los castros occidentales (Maya 1987/1988) o las inéditas que conocemos, tampoco existen paralelos que rebasen la simple comparación con las habituales piezas de «*boca ligeramente exvasada con labio redondeado, cuello corto cóncavo*».

Por el contrario, en cuanto a la tipología, el perfil tiene sus paralelos más claros fuera de Asturias, por ejemplo en Numancia, donde constituye un tipo de urnita relativamente frecuente, destacando una forma muy parecida a la de Miravalles con decoración de mamelones, a la que luego aludiremos. (Wattenberg 1963: Tabla IV, N°132). Igualmente, una vez vistas las comparaciones hechas respecto a las cerámicas de La Zurra, nos parecen evidentes las semejanzas tipológicas con las formas IV y V del citado yacimiento del Cantamento de la Pepina (Rodríguez y Berrocal 1988: Fig.1), en especial los vasos de perfil en S con ligera carena alta, que «...*A menudo presentan cuatro o más mamelones tubulares verticales*» (Berrocal 1989: 312).

Precisamente es aquí donde entra en juego la decoración de mamelones que, a diferencia de los que aparecen en otros castros asturianos, son oblongos y alargados en vertical, lo que es muy habitual en las cerámicas de la segunda Edad del Hierro en La Meseta, como ocurre en Cogotas (Cabré 1932: lám. XIX) o en Numancia, donde la citada urnita de perfil muy parecido al de Miravalles cuenta con esos mamelones combinados con temas estampillados (Wattenberg 1963: Tabla IV, N°132). También son especialmente abundantes en los citados yacimientos de La Beturia, donde los mamelones tubulares o verticales son corrientes en el Cantamento (Berrocal 1988: 313, figs. 2, N°2 y 3, N°1) o en el Castrejón de Capote, lugar en el que se observan los mamelones aislados, en franjas verticales o distribuidos en grupos de dos o tres. (Berrocal 1989: 255, fig. 14).

⁷ Así se deduce de las propias afirmaciones del excavador, quien refiriéndose a las cerámicas del yacimiento afirma: «*La elevada fragmentación que involucra a todas las cerámicas convirtiendo en excepcionales los trozos que superan los 5 cm. de dimensión mayor obstaculiza todo intento reconstructor y la fijación de formas, problema que, además, fue común a todas las excavaciones que practicamos. No obstante, se hacen evidentes perfiles de tendencia globular, bordes suavemente exvasados y bases siempre planas*».

Queda por aludir a la existencia de un tipo de asa específica provista de unos remates, que no tienen igualmente ningún paralelo desde el punto de vista tipológico en Asturias, pero si en regiones cercanas: «*En el exterior del borde presenta dos pezones sencillos y aplastados, enfrentados entre sí, a fin de facilitar su aprehensión. No obstante, junto a ellos y desde el interior, arrancan dos salientes cilíndricos que sugieren un asa sobrevolada a lo largo de la boca*». (Camino 1995A: 248).

Por una parte, respecto al remate con dos orejetas (pezones sencillos y aplastados), al que se ha querido conceder un valor funcional como elemento de suspensión, es un atributo posiblemente ornamental, dado que la suspensión se realizaría más cómodamente mediante el asa. En cualquier caso tampoco este elemento tiene paralelos en los castros asturianos y nuevamente nos remite al mundo celtibérico, donde una vasija de Numancia, clasificada como vaso torneado posthallstático y fechado entre el 220-133 a.C. cuenta con similares elementos⁸ (Wattenberg 1963: Tabla I, N° 16 y foto V, N°6).

Por otra, en cuanto al asa, evidentemente se está aludiendo a los dos extremos rotos de una típica asa diametral o de cesta, cuyos paralelos, prácticamente únicos en el contexto prehistórico peninsular, se encuentran en el mundo celtibérico, por ejemplo entre las cerámicas de Numancia (Wattenberg 1963: láms. XXXI, XXXVI, y XXXVII), o de Cogotas (Cabré 1932: Lám. LVIII, N° 6-12) y que también vuelven a aparecer en contextos de la Beturia, como el *oppidum* de Badajoz (Berrocal 1994: fig.18, N°4) o el altar de Capote (Berrocal 1994B, tipo XII, fig. 60-B). Este tipo de vasijas con asa diametral, constituyen la forma 5 de la cerámica celtibérica en la clasificación de Castiella (Castiella 1977: fig. 181, 326), aunque hay que decir que, en general, más que de una forma con asa propia, deberíamos hablar de diferentes formas⁹ cuyo denominador común es el asa, ante las abundantes variantes de la vasija, que no siguen siempre un modelo estricto.

La única y relativa peculiaridad del ejemplar asturiano en relación a una parte de estos modelos

⁸ Se trata de uno de los recipientes más antiguos en los que se ha utilizado el torno en Numancia, que se fecha en la primera mitad del siglo III a.C. (Wattenberg 1963: 38)

⁹ Sin necesidad de buscar otros ejemplos, los ya citados de Numancia permiten diferenciar cubos o sítulas, vasos de forma esférica y jarras troncocónicas. Véase al respecto: (Wattenberg 1963: láms. XXXI, N° 998; XXXVI, 999, 1005 y 1297; XXXVII, N°1038).

mesteños estriba en su fabricación a mano, lo que no siempre ocurre en los casos celtibéricos. Así, mientras una parte de los ejemplos de perfil semejante suelen realizarse también manualmente y salen junto a clásicas cerámicas celtibéricas a torno, de las que son contemporáneas, las vasijas celtibéricas con asa diametral normalmente están hechas a torno. Por lo que atañe a esta cuestión, el que la olla de Miravalles estuviese hecha a mano no debería extrañar, pues o bien la transposición del asa a un modelo a mano tiene que ver con la factura habitual mediante este procedimiento técnico de las vasijas de perfil en S o bien simplemente y como nos parece más probable, se trata de una fabricación local, que copia un modelo meseteño, en cuyo caso la manufactura estaría perfectamente justificada, ya que el uso del torno es raro o inexistente entre los alfareros asturianos antes de la romanización¹⁰.

Finalmente y ya desde el punto de vista ideológico, no deja de ser interesante el que se suponga a esta vasija una posible función ritual, aunque desconozcamos por el momento las causas de tal deducción, pues sólo se alude a su aparición *al lado de un gran canto de superficie pulida* (?).

Recordemos que al hablar de la posible finalidad de los recipientes de La Zurra, hemos esta-

¹⁰ Parece claro que el añadir a un asa diametral a una forma V de Berrocal es un elemento de síntesis perfectamente lógico, al aparecer tanto por una parte la cerámica, como por otra el tipo de asa en el mismo contexto cultural. La prueba es el altar del Castrejón de Capote, donde están presentes tanto las urnitas citadas como las vasijas celtibéricas con asa diametral. Véase: (Berrocal 1994B: fig. 56 y lám. 98).

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS CABAL, P.; PÉREZ SUAREZ, C. & TREVIN LOMBAN, A. (1986), *Las cerámicas de la cueva de La Zurra (Purón, LLanes)*, en «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos», 117, XL, 1986, pp. 235-241.
- BERROCAL RANGEL, L. (1988), *Materiales cerámicos «a mano» de una necrópolis nertobriguense (El Cantamento de la Pepina, Badajoz)*, en «II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis celtibéricas», Zaragoza, 1988 (1990), pp. 311-315.
- BERROCAL RANGEL, L. (1989), *El asentamiento céltico del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)*, en «Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid», 16, 1989, pp. 245-295.

blecido que este tipo de cerámicas suele ser habitual en contextos funerarios y sobre todo culturales, como ocurre en Garvão o el Altar de Capote, por lo que nuevamente se vuelve a plantear la hipótesis ritual como una posibilidad unificadora de contextos especiales en los que aparece un conjunto de cerámicas a mano y de origen último meseteño.

A la vista de lo expuesto, nos parece que tanto las cerámicas de La Zurra como la urnita de Miravalles indican claras conexiones con el mundo celtibérico, aunque las relaciones entre ambas vertientes de la cordillera en la fase prerromana estén aún muy mal definidas. Nos referimos al hecho de que mientras la metalurgia celtibérica en forma de fíbulas, tahalíes, etc. está presente en el ámbito castreño asturiano, las típicas cerámicas celtibéricas a torno, con cocción oxidante y decoración pintada son el gran ausente, sin siquiera algún hallazgo significativo como los verificados en los poblados cántabros de Celada Marlantes o Monte Cildá.

Es en ese ambiente poco corriente en el que se insertan unas cerámicas tan especiales como las que acabamos de estudiar, que constituyen un elemento más a sumar a la influencia celtibérica, cuyo avance no creemos que fuese frenado por la Cordillera Cantábrica, como se ha sugerido (Camino 1995B: 123), sino que reviste unas características peculiares en un ambiente muy conservador como es el de los castros asturianos. En cualquier caso, en el recipiente de Miravalles, no encontramos relaciones con el mundo Miraveche - Monte Bernorio, tal y como defiende J. Camino.

- BERROCAL RANGEL, L. (1994A), *El oppidum de Badajoz. Ocupaciones prehistóricas en La Alcazaba*, en *Complutum Extra*, 4, 1994, pp. 133-187.
- BERROCAL RANGEL, L. (1994B), *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etnoarqueológico sobre un ritual céltico en el Suroeste Peninsular*. Universidad Autónoma de Madrid, 1994.
- CABAL, C. (1953), *La Asturias que venció Roma*, Oviedo, 1953, pp. 186-188.
- CAMINO MAYOR, J. (1995A), *Catálogo Astures. Piezas: Ollita. El Picu Castiellu (Moriyón, Villaviciosa, Asturias)*, en «Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano, Gijón, 1995, 248 pp.

- CAMINO MAYOR, J. (1995B), *Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro*, en «Excavaciones arqueológicas en Asturias. 1991-95», 3, 1996, pp. 117-126.
- CANELLA, F. (1897), *Villaviciosa*, en: BELLMUNT, O. y CANELLA, F.: *Asturias*, II, Gijón 1897, 126.
- CASTIELLA, A. (1977), *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, en *Excavaciones en Navarra*, VIII, 1977.
- CUADRADO BASAS, A. & SAN MIGUEL MATE, L.C. (1993), *El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo (Valladolid)*, en «Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero», Valladolid, 1993, 303-334.
- ESCORTELL PONSODA, M. (1973), *Últimos ingresos en el Museo Arqueológico*, Oviedo, 1973.
- GONZALEZ, J.M. (1976), *Catalogación de los castros asturianos*, en «Miscelánea Histórica Asturiana», Oviedo, 1976, 119.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. (1989), *Los castros en Asturias*, en «Biblioteca Histórica Asturiana», 21, 1989.
- MAYA, J.L. (1987/1988), *La cultura material de los castros asturianos*, en «Estudios de la Antigüedad», 4-5, 1987/1988.
- MAYA, J.L. & CUESTA, F. (Inédito): *El castro prerromano de la Campa Torres (Gijón, Asturias)*. Memoria de las excavaciones realizadas entre 1982-1996.
- MELLO BEIRAO, C.; de TAVARES da SILVA, C.; SOARES, J. & VARELA GOMEZ, M. y R. (1985), *Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvão. Notícia da primeira campanha de escavações*, en «O Arqueólogo Português», serie IV, 3, 1985, pp. 45-136.
- MONTEVERDE, J.L. (1958), *Los Castros de Lara*, en «Zephyrus», 9, 1958, pp. 191-199.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. & BERROCAL RANGEL, L. (1988), *Materiales cerámicos de la segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz)*, en «Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid», 15, 1988, pp. 215-252.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. & FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1985), *La Corona y el Castro de Corporales I. Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981*, en «Excavaciones Arqueológicas en España», 141, 1985.
- TARACENA, B. (1963), *Los pueblos celtibéricos*, en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez, Pidal, Madrid, I, vol III, 1963, pp. 195-299.
- WATTENBERG, F. (1963), *Las cerámicas indígenas de Numancia*, en «Bibliotheca Praehistorica Hispana», IV, 1963.